

Excavaciones en el Monasterio Benedictino de San Feliu de Guixols

Por LUIS ESTEVA CRUAÑAS



El pie de la "Torre del Fum" —a la derecha— descansando sobre un muro antiquísimo.

Hasta 1904, de los primeros tiempos de la historia guixolense no se conocían más que leyendas y tradiciones que cada cual interpretaba a su manera. La verdadera Historia no empezaba hasta el año 968, fecha del importante documento del rey Lotario que confirma los bienes y posesiones del Monasterio, y cita el primer Abad conocido: Sunyer. Unas décadas después fue edificada la *Porta Ferrada*, el renombrado —y también discutido— monumento nacional que es la parte más antigua del complejo Monasterio guixolense cuyo conjunto arqueológico está en curso de restauración.

En 1905, Hurtebise excavó y dio a conocer la existencia del poblado íbero-romano del Fortim, que él creyó era necrópolis; en 1912, Cazorro publicó su conocido estudio de los monumentos megalíticos de la provincia de Gerona, y últimamente nosotros dimos a la imprenta nuestros primeros trabajos de Prehistoria guixolense. Desde el Neolítico hasta el cambio de Era, el esquema quedaba esbozado bastante satisfactoriamente.

También desde el documento del 968 hasta nuestros días, la Historia guixolense puede considerarse completa, sin que presente lagunas capitales.

Pero desde que fue abandonado el poblado del Fortim hasta el documento del rey Lotario, quedaban cerca de diez siglos de oscuridad apenas velada por la leyenda del martirio de San Félix en la punta del Fortim.

Hurtebise, con gran acierto, había escrito en 1905: "Guardando, como guardan, absoluto silencio los escritores clásicos acerca del pasado de nuestra ciudad durante la Edad Antigua, sólo la Arqueología, poderosa antorcha de la Historia, puede disipar las tinieblas que envuelven nuestros orígenes".

Por este motivo, cuando en 1960 se acordó restaurar el conjunto de la *Porta Ferrada*, siguiendo el orden lógico, empezamos por hacer algunas prospecciones al pie de la *torre del Fum* —a pocos metros de la *Porta Ferrada*— y vigilamos cuantas obras fueron llevándose a cabo en sus proximidades: había empezado una nueva etapa que aspiraba a proyectar luz sobre los diez siglos de oscuridad ya mencionados.

Las prospecciones fueron costeadas por el Ayuntamiento de la ciudad, en colaboración con la Diputación de Gerona. La dirección de las mismas corrió a cargo de don Miguel Oliva, secundado por don Juan Sanz y el que suscribe.

Los resultados logrados son satisfactorios. Vamos a resumirlos brevemente:

Las excavaciones realizadas al pie de la *torre del Fum* permitieron descubrir que dicha torre estaba asentada sobre muros antiquísimos que le servían de cimientos; en ellos se ve una puerta o poterna tapiada con grandes bloques de piedra desbastada. Seguimos las excavaciones al borde del muro hasta algo más de dos metros de profundidad, practicando varias



Cuenco de vidrio romano.

catas en sus proximidades. Sin estratigrafía alguna —pues el terreno había sido removido al construir las edificaciones pertenecientes al Monasterio—, apareció abundante cerámica, tégu-las y *opus testaceum* de procedencia romana, vidrios antiquísimos, monedas de los siglos XIV al XIX y cerámica catalana, decorada, de igual época. Por su importancia deben ser citados:

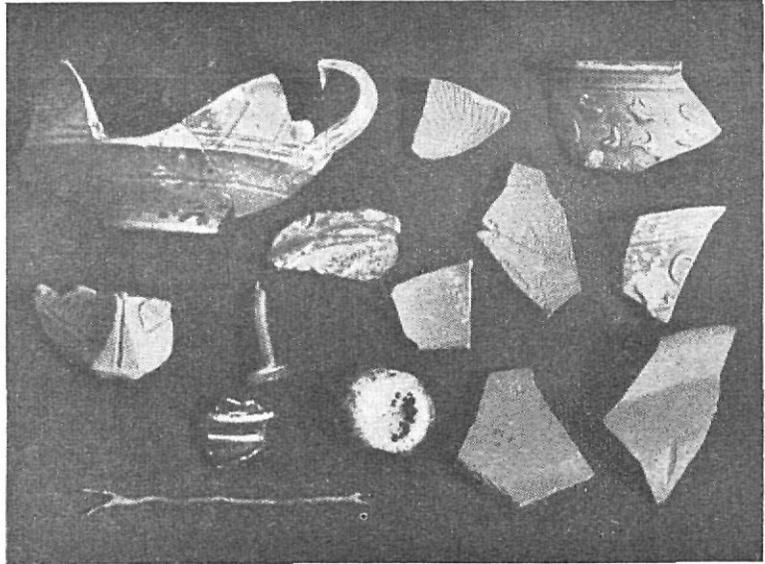
Un cuenco semiesférico de vidrio verdoso soplado, con costillas verticales aplicadas a su cuerpo. Estaba empotrado en una pared que fue suprimida: la pieza quedó hecha pedazos,

si bien pudimos reconstruirla en su mayor parte. Es de época romana, atribuible a los siglos II-III después de J. C.

Dos doliums romanos emplazados en el mismo lugar que, según unos planos del s. XVIII, ocupaban los depósitos de aceite del Monasterio, lo que hace creer que habían sido reutilizados por los monjes. Estaban cuidadosamente rodeados de arena fina y descansaban sobre fragmentos de corcho. Posiblemente fueron cercenados después de la expulsión de los monjes, en 1835, para igualar el piso una vez inutilizada la bodega y el almacén del aceite.

Pero el hallazgo más interesante, en cuanto a cerámica, tuvo lugar en terrenos próximos a la que ha de ser calle del Prior, situados a un centenar de metros del ábside de la iglesia parroquial. El lugar coincide con la parte trasera del primer núcleo urbano que nació al amparo del Monasterio: el Arrabal. Allí, entre huesos humanos pertenecientes cuando menos a dos personas, aparecieron dos monedas erosionadas, vidrios romanos de buena calidad y cerámica fina, mezclada con abundancia de la oscura popular. La cerámica fina pertenece a las variedades siguientes: brillante, a barbotina, terra sigillata clara del tipo D, y estampada ro-

sada o paleo-cristiana. Esta cerámica es semejante a la que apareció al pie de la *torre del Fum*; su diferencia está en ser aquélla más entera por estar apartada de las edificaciones del Monasterio y, por lo tanto, menos afectada por movimientos de tierras que destruyen los estratos y rompen la cerámica. La mayor parte de los fragmentos estudiados pertenecen a los siglos II y IV d. de J. C., si bien algunos pueden ser del II y otros de principios de V.



Fragmentos romanos hallados en la calle del Prior.

CONCLUSIONES:

1.^a Los fragmentos de cerámica hallados dicen claramente que una población de cultura romana ocupó, por lo menos durante los siglos III y IV d. de J. C., la orilla meridional del curso de agua que, con los años, fue conocida con el nombre de riera del Monasterio.

2.^a Según la tradición, San Félix el Africano sufrió parte de su martirio en la punta del Fortim, desde donde fue echado al mar. Este hecho tuvo lugar el año 304, según el magnífico estudio que Dorca hizo de la vida del Santo, en 1807. Hurtebise hace resaltar que el martirio de San Félix en el Fortim no tendría explicación si el lugar hubiera sido despoblado. El conjunto de los hallazgos descritos pertenece a la época del martirio; es más, algunos fragmentos de lucernas y otros de cerámica estampada rosada, parecen ser ya cristianos. Nuestros hallazgos por lo tanto, vienen a dar más fuerza a la tradición del martirio del Santo, pues un núcleo cristiano —o predispuesto a su conversión— en la falda de la montaña del Castellar justifica que los mandos romanos escogieran un sitio cercano para martirizar al Santo y así intimidar a los seguidores de la nueva doctrina que con tanta pujanza iba extendiéndose por todo el Imperio Romano.

3.^a Cuando los monjes se establecieron en nuestra ciudad, no lo hicieron en un lugar deshabitado sino que montaron su cenobio sobre las ruinas de otra u otras culturas anteriores. ¿Tendrán los muros y los restos hallados alguna relación con el famoso castrum, castro o castillo Alabrich de que nos habla la leyenda recogida ya en un documento del año 1315?